

EL ARGOS.

REDACTOR RESPONSABLE. DR. JUAN BENIGNO VELA.

AÑO I ||

AMBATO, FEBRERO 15 DE 1890.

|| N.º 3

REVISTA.

Por muy laudable que sea el patriótico empeño con que el Excmo. Sr. Dr. Flores ocupe todas sus horas en estudiar y meditar, buscando la mejor manera de resolver las cuestiones económicas, presentadas á su consideración por los comisionados del conde D' Oksza; y por más que la competencia del Sr. Flores en estas materias, sean indudablemente muy superiores, reconocida y encomiada por todos los ecuatorianos, y en lo cual no seríamos los que nos apartásemos de la opinión general; con todo, estamos íntimamente persuadidos de que el ilustrado Sr. Flores no podrá adelantar un paso en el asunto, ni podrá solucionar ninguna de aquellas cuestiones, que significan todo el porvenir de la República, sin que las propuestas del sindicato europeo, sufran tales modificaciones y simplificaciones, que fuesen capaces de merecer la aprobación del Congreso ecuatoriano.

La prensa de Guayaquil, que es la que con mejores conocimientos, ha examinado el folleto que contiene las proposiciones del conde D' Oksza, es también la que ha venido demostrando, con la elocuencia de los números, hasta qué punto es inaceptable el contrato que se nos propone; porque no solamente quedaríamos arruinados, comprometiendo por completo nuestras aduanas durante largo tiempo, quedándose el gobierno sin tener cómo llenar las necesidades más urgentes de la administración, sino también, entre otros motivos que á nadie pueden escaparse, porque, de acogerse por el Congreso aquellas proposiciones, sería entregarnos inconsulta y torpemente en manos de especuladores que á poco menester, nos chuparían hasta la última gota de sangre. Cada una de las propuestas del Sr. conde, encierra un peligro para nosotros; cada una es un lazo que se nos tiende y en el cual podríamos caer, si no se rechazan con valor y patriotismo todas las sugerencias de aquellos que pretenden redimirnos á costa de las generaciones que vienen.

Basta la consideración de que para amortizar nuestra deuda externa, se quiere que nos valgamos de intermediarios, pagando á éstos una enorme cantidad de libras esterlinas por comisiones; siendo así que el gobierno puede entenderse de una manera directa con los tenedores de bonos ecuatorianos, sin necesidad de terceros: basta considerar el alto precio á que comenzaron á cotizarse aquellos bonos en los mercados europeos, apenas el Sr. Flores abrió sus propuestas de amortización, cuando hasta entonces se hallaban á precios ínfimos, habiendo podido el Ecuador comprarlos al diez por ciento á lo sumo; y basta, por último, la consideración de que el Sr. conde pretende nada menos que nuestro gobierno se haga responsable de los

nueve millones de francos que los logeros de Guayaquil tomaron en París y se los repartieron y se los robaron, sin haber invertido ni un solo franco en la obra del ferrocarril; bastan estas consideraciones, lo repetimos, para que el Congreso próximo rechace sin examen el contrato D' Oksza, por leonino y atentatorio, y para que el Sr. Flores no gaste su preciosísimo tiempo en profundizar estas cuestiones, que nunca podrán resolverse si los contratistas no cambian en lo absoluto sus proposiciones.

Por estas razones no queremos nosotros ocuparnos, como debiéramos, de la magnífica Carta que el Sr. Dr. Flores acaba de dirigir á su Ministro Sr. Campos sobre la misma materia; Carta en la que el ilustre Presidente ha dado una prueba más de sus profundos conocimientos en materias económicas y de la lealtad y patriotismo con que se ocupa por descargarnos del peso abrumador de nuestras deudas; sentimos diciendo, esta tarea es la tarea de las Dantidas; el Sr. Flores trabaja en valde, la Nación no podrá jamás dejar de serle reconocida; pero no aceptará el contrato D' Oksza, por más que en ello tanto se empeñen ciertos malos ecuatorianos que desde Guayaquil, y por ciertas conexiones de familia con el Presidente, están moviendo los bolos y precipitándole al gobierno en un espantoso despeñadero. Hay que hacer sacrificios para tener un ferrocarril, convenido; mas nunca arruinándonos del todo y comprometiendo la suerte futura del Ecuador: las generaciones de mañana, nos pedirán cuentas y nos maldecirán, si con fuerza y energía no hablamos claro en esta ocasión.

Por la Carta del Sr. Flores al Sr. Ministro de Hacienda, ya conocerán nuestros lectores cuáles han sido los artificiosos pretextos con que el famoso contratista del ferrocarril de Sibambe, intenta excusarse de la obligación que tenía de entregar concluida la obra en diciembre del año pasado. Derrumbamientos del terreno, mal clima, mortandad de los trabajadores, escasez de brazos, nuevos gastos en lo ya construido, inclemencias del tiempo y sobre todo y más que todo, el no haberle producido la aduana de sal si no a penas unos quinientos mil sueres; tales son los *poderosísimos motivos* que le han obligado al pobre D. Marco á emprender tan largo viaje, desde Guayaquil á Quito, para irse á presentar llorando como Jeremías ante el gobierno y el Concejo de Estado, rogándoles por amor de Dios y por el porvenir de la Patria ecuatoriana, que suspendan la ejecución del contrato y concedan en favor de aquel caballero de los Milagros otros y nuevos plazos y algunas adhealas más, á fin de facilitarle los elementos que ahora más que nunca le son indispensables para dar cima á su empresa de redimirnos para siempre. Quiere seguramente que el go-

bierno conjure los estragos del mal clima de la costa, que ahuyente los malos temporales, que todo le salga verano al Sr. Kelly, que detenga los derrumbes, que impida el crecimiento de los ríos, que traiga el gobierno á su costa brazos trabajadores de todas las Antillas, y que le ordene á la aduana de sal un rendimiento de medio millón de sucres por año. Aquellas desgracias son fortuitas, dice el pobrecito, á que no ha podido resistir; que él con ser tan sabio, y Moulinouski, con serlo mucho más, no pudieron prevenirlas; que ambos sabios no conocieron estas malditas regiones, y que no por su culpa si no por el poco producto de la aduana y por las pérdidas en el memorable Banco Anglo-Ecuatoriano, la redención del Ecuador no ha sido hecha, pero que será una realidad después de poco, así que el gobierno y el próximo Congreso se dignen otorgarle al empresario las frioleras que demanda.

Bien puede el Sr. Kelly andarse, de ceca en meca y de Magdalena de palacio, por ver si consigue lo que apetece; se equivoca: el Presidente de la República es demasiado patriota para no elevarse á la altura de sus deberes, y demasiado experto para enredarse en la trampa que se está urdiendo; tiene que cumplir con lo que le ordena ése malhadado contrato, pidiendo el inmediato embargo provisional y depósito del ferrocarril y sus dependencias; tiene que reasumir la aduana de sal; y asegurando así los intereses nacionales, ya puede dejar que los logreros sigan el juicio arbitral y demoren cuanto quieran y recurran al cielo y al infierno para realizar sus planes: el gobierno, por otra parte, no es dueño de hacer su voluntad; el grito de indignación que de toda la República se levanta contra esos desvergonzados, es el grito de la justicia, el grito del pueblo ofendido, burlado y aniquilado por especuladores de mala ley. Vaya Mr. Kelly con sus lamentaciones y excusas á otra parte; la prensa estará tronando sobre su cabeza; y nosotros no dejaremos de perseguirle hasta el seno mismo del Congreso, consiguiendo que los representantes del pueblo, repelan todo lo que tienda á entorpecer este enojoso asunto.

Con que ahora nos sale el bueno de Don Marco con que ha gastado en la empresa más de seiscientos mil sucres de su propio peculio; porque todo ha sido pérdidas y más pérdidas para el pobrecito. Quisiéramos que nos diga de dónde trajo ó dónde consiguió tan enorme cantidad, quisiéramos que nos conteste cuál fué el capital que trajo del extranjero, cuando en mala hora pió nuestras playas. Si Kelly molesta más á la Patria con sus pretensiones, ya nos ocuparemos de él con más detenimiento; y basta por ahora.

Tenemos ya en combate contra el pueblo al venerable clero secular y regular; y no así como quiera sino obligado y constreñido por sus venerables superiores; de modo que cuantos esperábamos completa libertad en las elecciones de marzo, nos vamos á encontrar con que los Sres. Curas se nos vienen de frente capitaneando á sus congregados y más gentes ignorantes que temen pecar mortalmente si no dan sus votos por el candidato que manda la santa Iglesia.

Contentos con la palabra que nos ha dado el Sr. Flores de no favorecer á ninguno de los partidos en la lucha eleccionaria, y confiados en que el clero se abstendría por ahora siquiera de atizar la discordia, respetando la libertad de los pueblos y los mandatos del Papa; creimos que por primera vez habría sido el futuro Vicepresidente elegido libremente por el pueblo y no por la mano negra del terror y el fanatismo. Nos engañamos; el clero es el dueño de la situación; su poder es sobre todos los poderes; los pueblos son sus esclavos, y Dios que lo remedie.

Acabamos de leer una famosa carta, que ha de ser Circular indudablemente, escrita de puño y letra del Dr. Juan de Dios Campuzano, por la gracia de Dios y por sus altos merecimientos, Conónigo de la Catedral de Quito y Vicario y no sabemos qué más, carta dirigida á cierto Sr. Cura, en la que le dice su eminencia el Vicario que, como en las elecciones próximas se trata de la causa de la religión y de la Patria, espera que en el curato de aquel Sr. Cura, el triunfo será completo por el candidato del eccliesismo, por el benemérito Dr. Pablo Herrera; y que obteniendo este triunfo, procederá el Sr. Cura como lo aconsejan el tino, la prudencia y la cordura; y queda el Sr. Conónigo de muy atento y seguro servidor, capellán y amigo del Sr. Cura.

Lo de siempre; la religión es para estos terroristas el cabalito de bata; la religión está en peligro, cuando se acercan las elecciones, la religión es la eterna farsa con que se engaña á los pueblos en el católico Ecuador, y la religión es la cuña con que los terroristas ajustan lo desveucijado, lo roto, lo que debe ir ya á la cocina. Pero seamos justos; razón que les sobra tienen nuestros adversarios; pues si el pueblo no fuera su esclavo, por la ignorancia y el fanatismo en que ellos lo mantienen, y si los pobres Ouras de Parroquia no fueran los humildes siervos de que se valen por medio de los prelados, para conseguir lo que desean; el poder de los terroristas se habría venido al suelo hace tiempos; y nada más lógico que sus ahincados esfuerzos por conservarlos.

CORRESPONDENCIAS.

Febrero 2 de 1890.

Sr. Don Damián:

Antes de recibida su carta me hallaba ya al cabo de éso que á U. le parece gran acontecimiento en la crónica actual, y que para mí es uno de los más naturales de la política conservadora. Los conservadores han manejado los bolos, señor Don Damián, hasta conseguir que la candidatura de Don Julio se salga por la tangente. Entonces dijeron *aquí de las nuestras* y desenterraron un nombre, no como obra salida del momento, sino con segunda intención y premeditada de antemano. Política astuta, pero en regla. La política sin astucia es como la tortilla sin salsa, algo de éso que el vulgo llama *sin provecho*. Los conservadores tienen sobre U. U. esta ventaja; mientras U. U. las dan de formales, de inocentes, decía yo, los otros no se paran en pelillos y dejan á los liberales nada más que las ilusiones.

Si, señor, el nombre del Dr. Herrera tenía que ser lo más á propósito para el objeto; buscar la mano del gato para sacar el huevo no es tampoco empresa de estos tiempos; ya un mono la puso en planta y al mono imita el hombre. ¿No columbra U. que de tras de una sombra debe haber un bulto? Se ha parodiado la elección de Sixto V en la seguridad de que Don Pablo no dirá *Papa sum*; ¿ni cómo va á decirlo? Conozco al viejecito, sus achaques son verdaderos achaques; basta verlo en esas calles de Quito para morir de lástima: la barba clavada en el pecho; el paso, de un octogenario, de éso que á cada media cuadra reclaman un taburete para descansar, menudo, vacilante, lento como paso de buey; tropezando con los que encuentra, á causa de la ceguera; aquejado por un mal que no le permite detenerse en cualquier parte y que le encamina á la sepultura; lo he visto en Quito andar trastravillando, envuelto en su capa, con anteojos, embosado hasta la frente para que no le dé el aire, y me han venido deseos de rezar por él un *paternoster* ¿Quién que lo conozca creará que veras es candidato para la Vicepresidencia?

Candidato es por ahora, sí, señor mío, pero candidato *ad honorem*; si una sola vez alcanza á ir al solio, me alargo. Veá U. con cuantas probabilidades cuentan los fulanos para que la sombra vaya al solio en vez del bulto y cómo la sombra cuenta asimismo con probabilidades de andar tras del bulto. El plan es ingenioso, no hay duda, ahí está la astucia conservadora.

Vive en Quito otro viejecito de procedencia de otra tierra,

quizás es el autor de la travesura. ¿Se trata de esto? consulta á Don B. ¿se trata de aquello? que lo resuelva Don B. ¿se piensa estótro? venga Don B.; nada se hace, no se da paso en la política sin el visto bueno de Don B; es el ayo, el tutor, el Mentor de esos buenos católicos. Subida al puesto la sombra de aquel bulto, el consabido viejecito subirá á primer ministro, y entonces ay de la libertad de imprenta, ay de las garantías constitucionales, ay de las esperanzas de progreso!

Un consejo, Don Damián, no preocuparse de toda esa bambolla de cualidades atribuidas al candidato. Si no se le pinta mozo, fuerte, gallardo, sano, capaz de rodear el mundo á pie ó en velocipédo ¿qué se había de esperar en negocio de votos? y luego la sabiduría, y la energía, y la hombría de bien son añadiduras de cajón, de uso y costumbre entre los *candidatizadores*. Las comunicaciones con ruedas de molino son moneda corriente en los tiempos que corremos. No hay por qué alarmarse, señores liberales, el quid está en si se tragan ó no se tragan las susodichas ruedas, y yo tengo para mí que por *neves* que fueran nuestros electores trabajo costará abrirles las tragaderas.

¿Y lo de las adhesiones, lo de las firmas? allá se van con la juventud y gallardía del candidato. Encontrábame una ocasión en el pueblo donde es Cura un hermano mío y ocurrió un negocio de firmas, no sé si para candidatura ó para protesta, de ésos que con frecuencia se repiten en el día; vino para el Señor Cura el señor teniente político—Cómo hacemos para recoger un número competente de firmas, le dijo; se me piden cuando menos doscientas de este pueblo; pero la gente anda terca y mi comisión lleva mal camino. No se atufe por tan poco le contestó el Sr. Cura; ahí está el padrón de mis indios de doctrina, el maestro de escuela tiene la lista de sus niños, el capitán de milicias la de sus milicianos ¿qué mina más abundante necesita U.? Y luego si no bastase, ahí están el calendario cristiano y el calendario gentil, por nombres no merecemos embrollarnos; Juanes ó Alcibiades, Antonios ó Junios Brutos no hacen al caso, y más vale así en tratándose de nombres para cosas anticatólicas—¿Y si cojea la trampa, señor, ¿cómo salimos del paso?—Venga acá, buen hombre; que en la "Adhesión" vayan algunos conocidos basta y sobra. Vaya U. por ahí—Aquí su firma Don Fulano; éste es el candidato del supremo Gobierno; ó bien,—aquí pedimos una escuela para el pueblo, ó un camino, ó un socorro para el señor Cura, y asunto concluido ¿cuál babieca de éstos se atreve á no garabatear su firma? Y quién da con el busilis de la pomposa adhesión de nuestro pueblo?

Esta es la historia de todas las adhesiones conservadoras; estas las perpetuas farsas; pero ya trataremos de ellas más adelante.—*Timoteo.*

CARTA DE GUAYAQUIL.

[Continuación.]

Base 12ª "La Empresa es en todo tiempo libre para nombrar, dotar y remover sus empleados, así como en todo lo que atañe á su propia administración".

Las malas lenguas aseguran que nunca hizo Kelly otra cosa que la voluntad del *Shah*, su protector, el inolvidable Don Pepe: éste intervenía en las altas y bajas de empleados, aún de los más subalternos, como si hubiese sido el socio comanditario de la *compañía de Cirene*. Kelly, á su vez, intervenía en los nombramientos oficiales; un ejemplo, el socio Rendón Trava, celberrimo abogado de los tribunales de todo el continente, hasta las Indias, Ministro Plenipotenciario y *Enviado Extraordinario* del Ecuador en una de las republiquetas de Centro América.—Ni podía ser de otra manera, ya que el ilustre *monarca* le dispensaba su alto favor sin restricciones ni reservas. La reciprocidad tenia entre ellos que revestir fuerza de ley.

Base 19ª "El Empresario otorgará al Gobierno una garantía á satisfacción de éste, la que se renovará en Enero de cada año, y se computará sobre la base de docientos mil sueros; pero trayéndose á la cuenta para aumentarla ó disminuirla, el valor de los trabajos ejecutados en cada año decurrido, y el de los materiales cuya compra se compruebe". Si se ha cuidado de renovar esta garantía no lo sa-

bré decir. Mas, no sería extraño que *estas fórmulas* se hubiesen menospreciado, atentando la *honorabilidad y solvencia notorias* del habilísimo empresario. Los trabajos efectuados, la inmensa cantidad de materiales en depósito representan una suma incalculable

Improbable trabajo habría sido para el Ingeniero inspeccionar metese en tales honduras. Bastábale llevar un aparato fotografico, de esos que la casa de Anthony expende á millares para los aficionados, como lo hizo un ingeniero ingeniero nacional (?.) á efecto de tomar perfiles y medir distancias con la velocidad de la luz; así podía demostrarse sencillamente todo lo que . . . está por hacerse, como si dijéramos la Sección de culebra, la de Pedro Miguel, en el Canal de Panamá; nó de otro modo se debía apreciar la magnitud de la actividad, energía, inteligencia y diligencia desplegadas por el ingenioso y hábil, de primera talla, Gerente de la susodicha. Las grandes empresas se inspeccionan así, á vista de pájaro; se vuelve luego á un campamento, en donde la exquisita cortesanía del Gerente ha preparado un suntuoso refrigerio para el *inspector nacional* y su comitiva, y, en seguida, éste, ya tranquilo, antes de que empiece la digestión, entre sendas bocanadas de aromático humo, á guisa de sebremera, *confeccione un suculento informe* que todos los oyentes aplauden, los lectores admiran, y los llamados á aprobarlo, aprueban. Se lo publica, para conocimiento del respetable pueblo en la *Revista* de la compañía; lo reproducen los Diarios, naturalmente, con el respectivo *reclame*, he ahí el modo. ¿Pa a qué; pues, pensar en nuevas garantías con gente tan amable, y, sobre todo, tan conocedora de su negocio? E-o sería simplemente ridículo, y los grandes no incurren en tales *pequeñeces*.

[Continuará.]

LA CUMANDÁ DEL SR. MERA.

[Continuación.]

Pero rigor es éste, me dirás, muy imprudente cuando nada; pues desalentando prematuramente á la juventud, le corta las alas, y priva por tanto á las letras de joyas que sin esta severidad, quizás con el tiempo las hubiesen adornado. Observación justísima desde luego y que nunca debe olvidarla el censor de *ensayos juveniles*; si bien forzoso es convencernos de que un ingenio feliz crece, se agiganta en la lucha y aun de la derrota misma saca nuevos y mejores bríos. Byron, en la contestación á los críticos de Edimburgo, es ya *deveras poeta*; y muy delicioso debe de ser echar á la faz de innumerable y escogido auditorio cosa como "La flor de un día", ó algo parecido, y decirle: "me silvaste en mi pieza anterior, disteme el golpe de gracia: para qué lloras hoy? búrlate de mí otra vez, silvame!" — Montalvo, en una república no lejana de la nuestra, con la primera de sus producciones, encumbrado habría sido hasta las nubes, agasajado con delirio y puesto quizás á la cabeza de los suyos. Pero así feliz, dudo que hubiese retemplado su alma, como aquí, en el crisol de la tribulación; dudo que sin la provocación teñaz é irritante de sus ruines y pérdidas enemigos, hubiesen nuestros tiranuelos dado en ese estilo con esas lenguas de fuego, que lamiéndolos sin misericordia, los muestra á la posteridad desnudos, y con las huellas indelebles del castigo merecido.—Donde mucho abunda la hojarasca y tenida por riqueza, harta dificultad te costará dar con oro, y menos bien purificado. Alguna vez, por otra parte, no ha sido ni es sólo una fama literaria inmerecida la castigada por una crítica severa: sirve ésta entonces de látigo para la fatuidad, la soberbia, el voluntario empeñamiento en el mal; para vicios más funestos y trascendentales que los simples defectos de un escritor. ¿No será tal vez conveniente que ciertos gallipavos vean el miserable simiento en que levantan su ridicula hinchazón? Por sus obrillas literarias, seres hay á docenas que del todo pasarían inadvertidos; mas si inicuos y viles nos provocan, por qué negarles el bofetón que merecen? por qué no glosar bien cada partida si *de cuentas* nos piden *ajuste*? El silencio á veces más perjudica al ayo que á la víctima.

Pero ya sea la justicia ya el amor nobilísimo á lo bello y lo perfecto la causa de esta severidad en un juicio crítico ¿no

lo inficionará muchas veces la envidia, esta nauseabunda furia, cuyo fétido aliento á ella misma más la envenena? Quién osará responder sobre ajenos arcanos! Mas tan repugnante es esta pasión, tan sin ventura, que aun cuando prodigios haga por ocultarse, trasciende á leguas y nada hay que logre encubrir su espantosa amarillez. Y una vez caído el antifaz, qué influencia de la miserable, ni qué temor para su víctima!

Ya que me lo has pedido y con impertinencia, sabe Dios cuándo esto acabe. Hasta otro correo.—*Athos.*

CARTA. II.

Querido Silvio—Por la crudeza de los tiempos que nos han tocado, antes que la envidia, con la que cerré mi carta anterior, otra pasión hay entre nosotros que todo lo malea, y que es imposible no influya poderosamente en nuestras letras: la política. Hablando de los Oradores eminentes, observa con razón Castelar, que aparecen solamente, junto á la cuna ó junto á la tumba de la libertad; en la aurora de alguna magna transformación, ó en el sombrío ocaso de alguna sociedad ó dinastía. Demóstenes y Cicerón, Mirabeau y el mismo observador, confirmarían su proposición plenamente. Pero aun pudiéramos darle mayores proporciones: donde no existe la libertad en el orden, ó por lo menos éste, donde la ley no es Señora y todo se mueve en confusión; donde la seguridad del día de mañana es todavía problema irresoluble; juntamente con las letras, nada hay que no sea transitorio, contingente, efímero. Ni puede ser de otra manera: con instituciones en eterno embrión, en sociedades por constituirse y que con tantos obstáculos tropiezan para su recto encarrilamiento, se trata de algo más esencial que la literatura; de la dignidad y libertad de un pueblo, de la forma definitiva que ha de tomar, de su vida misma. Y empeñados los individuos que lo componen en una lucha sin treguas, la victoria de su respectiva bandera es el blanco único de cada cual; y apenas entonces si como de arma se echa mano á las letras. Conjunto informe de vencedores y vencidos, de victimarios y víctimas, desvelados unos en aprovechar de su triunfo y consolidarlo, y ardientes otros en reparar inmediatamente su derrota, en cambiar presto su papel de perseguidos en perseguidores ¡qué atención ni espacio cabe que tengan para el estudio detenido, desapasionado, profundo del arte; para la meditación vigorosa y fecunda de lo bello, y para el primor, naturalidad y lozania de su expresión? Frutos sazonados de literatura, su hermosa edad de oro, jamás aguardes, Silvio, en épocas borrascosas. Montalvo mismo no es excepción de esta regla: sin su eterno destierro, archivado allá en algún gabinete ú oficina de la administración pública, probable es que, á pesar de sus sobrehumanas facultades, no hubiese pasado de una elegante medianía.

Y la borrasca es aún el estado normal de nuestra sociedad menos feliz que otras secciones americanas, en la *herencia española*, en la vida, las costumbres y preocupaciones debidas al coloniaje, han topado aquí la razón y la justicia con resistencia más larga, más tenaz y sangrienta que en las armadas mismas y los tercios vencedores de Bailén. Pues apoyadas en ellas y más que todo en la ignorancia y el fanatismo del colono, la ambición y otras más sórdidas pasiones de un círculo funesto, ya ves como por largas décadas han hecho infecundo y casi inútil el sacrificio de los Próceres de nuestra emancipación política. En situación tal, los hombres de letras sin disputa y casi por fuerza son los gladiadores más ó menos principales; porque durante la tempestad que regularmente agita á las sociedades en su formación, puede un político no ser literato; pero literato no político siempre será fenómeno rarísimo y poco digno de encomio, ya que una ilustración siquiera mediocre no se aviene con esa bestial indiferencia del idiota, por la cosa pública. ¿Y cuál es entonces la suerte del tal literato, y en plena juventud desde luego, por qué no hemos de imaginar octogenarios exaltados y belicosos? Si vencedor, en campaña continuará todavía contra un enemigo siempre alerta; y relegado allá á destinos que le embeben la atención y el tiempo, escasísimo ó ninguno le quedará para ilustrarse deveras, para dar vuelo seguro y libre á su ingenio, para perfeccionarse en fin en lo que él llama su vocación, las letras. Y si el tal es sólo coplero ó poeta de menor cuantía, *mero combatiente de pluma*, aun más amarga es su suerte: completamente secundario en el movimiento de su propia facción y alistado en ella quizás sólo por necesidad, por hambre, ¿gozará de vida independiente, pensará con su cabeza, sentirá con su corazón?—“Tú eres nuestro juglar, le dicen los suyos, danos *letrillas*, di chistes que nos diviertan é irriten á

nuestros enemigos”.—“Tú eres mi perro, le dice el tirano, allá, ladra, muérete al que en mí ponga ojos airados.” Y quien sólo jácaras solfea y vive aullando y mordiendo como hidrófobo, siquier se llame académico y llegará á ser *grande hombre, escritor aximio, literato insigne, poeta monstruo!*... *Monstruoso*, quizás, Silvio, por la lepra en especial de su alma; pero poeta pero literato, pero buen escritor... Triboulet sólo horroriza con sus bufonadas, así como interesa y nos conmueve cuando herido de irremediable infortunio. El triunfo de una facción cualquiera más de una vez ha traído consigo la esterilización y aun la muerte de no medianos ingenios.

Mas tampoco el literato vencido halla, en sociedades de esta naturaleza, facilidad para perfeccionarse en su profesión. Preciso es que del todo sucumba su pártido y muera hasta la esperanza del desquite, para que como el Dante, desterrado, perfore el globo y hunda en el infierno á sus enemigos; ó para que, como Milton, perseguido de muerte por el restaurador, cante el triunfo del Genio del mal en la cuna misma del hombre, cante á Satanás vencedor en el Paraíso.

De aquí, Silvio, la necia pretensión de los absolutistas en atribuir á su sistema la resplandeciente aureola de las letras, la edad de oro de todas las literaturas.—El siglo de Augusto, gritan, el de León X, el de Luis XIV, el de los dos austriacos en España.—¡Simples! que toman por causa el efecto. ¿No sería en verdad para maldecir de las letras y detestárselas, si su desenvolvimiento y gloria dependiesen únicamente del sacrificio de la humana dignidad, de la muerte del derecho, del encadenamiento de toda la humanidad al capricho de un afortunado? Cosechador feliz de agena semilla ha sido á menudo el absolutismo, he ahí el tan decantado fenómeno; apartando al ingenio de la vida pública, y degradándole y humillándole muchas veces, hale arrancado resplandores inmortales, por la concentración de sus fuerzas á la vida del alma, he ahí lo que nos dice la historia, y no siempre al absolutismo le atribuye este efecto. Estudia si no la historia literaria de Inglaterra, la de la República del Norte, la de Suiza: aun más, si exceptúas á Cervantes, que nos muestre el despotismo como gloria suya ó como atado á su nefando carro uno, uno sólo de esos pasmosos asombros del pensamiento, que alguna vez brota la humanidad como síntesis de su progreso ó de sus nuevas aspiraciones. Homero, Job, Esquilo, Dante, Shakspeare, Victor Hugo no doblaron la rodilla ante ningún tirano, no cifraron su ventura en la miserable sonrisa de un déspota. Juvenal, Tácito, antes que lacayos fueron formidable azote de los monstruos coronados en Roma; y aun la Judea no nos dará uno de entre sus venerados vates como *perro de palacio*. Beberá bien, comerá mejor, dormirá á sus anchas el coplero que se vende á un déspota y su da por dorar sus iniquidades; pero no espere que un Cantú le llame *honra del género humano*.

Que las letras, como la vida toda intelectual ó industriosa del hombre, tengan necesidad de paz, de mucha paz para su desarrollo y progreso, nadie será tan necio que lo niegue; pero nadie tampoco dejará de convenir en que mientras más racional y digna sea esta paz, más abundantes, sazonados y hermosos serán sus frutos, más seguro, firme y eficaz el adelanto en todo sentido—A esta paz, Silvio, á este orden cualquiera en la sociedad, y á la magnitud del fenómeno que de súbito los interrumpe, tengo para mí la aparición no sólo de oradores eminentes, sino también de grandes escritores y admirables poetas en la aurora de toda notable transformación política y social, y el consiguiente ocaso de una forma decrepita, bajo la cual se desarrolló tranquilamente el ingenio. No era posible que en nuestra gloriosa emancipación fallase la regla, y no sólo “el trueno horrendo que en fragor revienta” que el mágico arrullo de su cuna, sino también Bolívar mismo, como orador, como poeta, como guerrero, como estadista, di si en algo es inferior al afortunado Corso, y di si desmesuradamente no le vence en la alteza y magnitud de su empresa. De entonces acá... constituyámonos primero bien, para pensar después en las galas del bien hablar y en los primores del escribir á lo maestro.

Consecuencia natural de este orden forzado de cosas, ó mejor dicho, de este batallar en desorden, es la falta de estímulos para el ingenio, causa no menos poderosa que la anterior de su aplastamiento y muerte prematura.

Pero en otra ocasión te explicaré este asunto. Sé feliz, Silvio.

Athos.